LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 13 DE MAYO DE 1889 — NÚM. 385

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



D. MANUEL ANGELON Y BROQUETAS, abogado, literato y director de «La Ilustración Artística,»
† el 7 de mayo de 1889

MANUEL ANGELON

Con pesar profundísimo hemos de dar cuenta á nuestros lectores del fallecimiento del amigo del alma, hermano cariñosísimo, que después de luchar desesperadamente con la terrible enfermedad que durante dos años ha amargado su vida, sucumbió á las cinco de la mañana del martes día 7, rodeado de su desconsolada familia.

Al dejar el mundo ha legado á sus descendientes vivo ejemplo de incansable laboriosidad; nombre ilustre é inmaculado.

De Manuel Angelón bien puede decirse que han sentido amargamente su fallecimiento todos, absolutamente todos los que tuvieron la dicha de tratarle y conocerle. Nosotros que nos honrábamos de muy antiguo con su íntima amistad, no podremos llenar jamás el vacío que deja en nuestro corazón la pérdida del ilustre finado.

Al enviar á su desconsolada familia nuestro más sentido pésame, quedamos pidiendo á Dios que nos conceda toda la resignación que necesitamos para sobrellevar tan espantosa desgracia.

Montaner y Simón

Nació Manuel Angelón en Lérida, donde fugitivo había ido á refugiarse su padre que por sus ideas liberales sufría en Barcelona incesantes persecuciones. Pocos días después del nacimiento de Manuel Angelón, acaecido el día 23 de abril de 1831, arriesgóse su padre á volver á Barcelona, con intento de restablecer su quebrantada salud, pero falleció desgraciadamente el día 10 de diciembre del mismo año.

Niño aún, empezó Manuel Angelón su carrera de abogado en la Universidad de Barcelona, carrera que acabó en Madrid, siendo en aquel entonces condiscípulo predilecto del actual Presidente del Congreso, Excmo. señor don Cristino Martos.

Abrió con muy halagüeños auspicios su bufete en Barcelona, pero el ejercicio de la abogacía no pudo absorber en ningún tiempo su portentosa actividad, ni satisfacer su amor entusiasta á las bellas letras.

Son innumerables las obras que deja escritas D. Manuel Angelón.

A él cabe la gloria de haber escrito la primera producción dramática catalana. En la noche del 2 de marzo de 1856 se dió en el Teatro del Circo Barcelonés la primera representación de *La Verge de las Mercés*, drama sacro caballeresco en cinco actos, original de D. Manuel Angelón.

Fué también uno de los redactores del primer periódico publicado en catalán, *Un tros de paper*, cuyo primer número apareció el 10 de abril de 1865. Con el pseudónimo de *La horfaneta de Menargues* publicó varios trabajos, entre ellos un artículo titulado *Hi ha un enterro*, que siguió á los que escribieron Roberto Robert y Alberto Llanas con los títulos de *Hi ha un malalt* y *Hi ha un mort* respectivamente.

Fueron tantos sus trabajos literarios que no hubiéramos podido hoy dar cuenta de todos á no ser la feliz casualidad de estar en publicación el diccionario biográfico de escritores catalanes, que dan á luz los Sres. Elías de Molíns. A continuación publicamos la lista que hemos tomado de la citada obra.

La Verge de las Mercés. Drama sacro caballeresco en cinco actos original y en verso.

El Angel de la Paz. Epílogo original estrenado en 1856.

Historia de Inglaterra. Comprendiendo la de Escocia, Irlanda y Colonias inglesas. Impresa en 1857.

La Bolsa. Drama en cuatro actos y en verso.

Setse jutges. Pieza catalana en un acto, estrenada en 1858.

Los Misterios del pueblo español durante veinte siglos.

La Moral social, escrita en francés por A. Garnier.

El Pendón de Santa Eulalia ó los fueros de Cataluña, novela original.

Crímenes célebres españoles. Obra publicada en 1859.

Historia de Isabel II, publicada en 1860.

Atrás el extranjero, novela histórica publicada en 1861.

Espejo de honra y amor, zarzuela en tres actos, con música del maestro Agustín Schœnbrunn, estrenada en octubre de 1862.

Treinta años ó la vida de un jugador, novela publicada en 1862.

El Alojado, novela original, publicada en 1863.

Rigoletto, novela basada en el drama de Víctor Hugo «El rey se divierte,» publicada en 1864.

Flor de un día y *Espinas de una flor*, novelas basadas en los dramas del mismo título.

El abismo de las honras, segunda parte de la Vida de un jugador.

El Libro de una madre, escrito en francés por Pauline L.***

Llum y fum, comedia en tres actos y en verso, estrenada en el teatro de Cataluña el 11 de diciembre de 1876.

Y finalmente, desde su fundación ha sido director de «La Ilustración Artística» y de la Biblioteca Universal.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PRIMAVERA DE LA VIDA
cuadro de Noe Bordignon

Lozana, sonrosada, robusta, con los dientes blancos como la nieve, la alegría en los ojos, la sonrisa en los labios, el cuello torneado; ancho el pecho que aspira á plenos pulmones el aire perfumado por las hierbas del prado y las aromáticas plantas de la colina, la campesina de Bordignon, con su jubón de grandes flores y el pañuelo de colores vistosos, es verdadera imagen de la primavera de la vida, que atraviesa montes y campiñas despertando en todos la sensación jubilosa de la estación de las flores y de la esperanza.

Noe Bordignon figura en la escuela veneciana con tendencias propias, habiéndose dedicado especialmente á reproducir tipos y escenas de su país con un acierto tan notable que le hace muy apreciado de los aficionados al arte en la hermosa ciudad de las lagunas.

ARTE Y AMOR, cuadro de R. Potzelberger

Bello es el Arte, pero cuando su estudio engendra el Amor, raro es que no se descuiden las bellezas del primero por los irresistibles encantos del segundo, y si, como suele suceder, son jóvenes los que lo sienten, la poesía del Amor da al traste con las amenidades del Arte: en la lucha sale siempre vencedor el más fácil de aprender: ¿y quién duda que aquél se aprende sin necesidad de maestro, lo cual no le sucede á éste? Pues si á ello se agrega que el maestro en amor lo es tambien en arte, no es extraño que suceda lo que á los dos protagonistas de la escena tan bien trazada por Potzelberger; que el uno olvida su violín y la otra no acierta á pulsar las teclas, y las armonías de la música ceden el puesto á las de la pasión, que absorbe por completo el ser de maestro y discípula.

DE VUELTA DEL BAILE,
cuadro de Gabriel Schachinger

No todas las diversiones divierten, y el baile es una de las que más amargas decepciones causan. ¡Cuántos que han asistido á alguno de ellos con la esperanza de pasar varias horas de ameno solaz, han vuelto á su casa con una ilusión de menos y un sinsabor de más, con el sosiego de su alma quebrantado y la convicción de la falsía de que eran inconscientes víctimas!

Algo de esto debe sucederle á la dama que figura en el cuadro del mencionado artista. Rica, hermosa, en posesión de cuanto se considera necesario para ser feliz, acaba de sufrir en el baile de que regresa alguna de esas decepciones á que hemos aludido, y en la sombría expresión de su rostro se echa de ver que aquella diversión ha sido para ella una cruel lección que ha despertado en su alma dolorosísimas sensaciones hasta entonces desconocidas, y que el torcedor de los celos, ó del amor propio herido ó de la dignidad ofendida lacera horriblemente su corazón.

Schachinger se ha inspirado en alguno de estos ejemplos, más frecuentes por cierto de lo que se cree, para pintar un cuadro lleno de verdad, así en la figura principal como en los accesorios, y que al reproducirlo por el grabado nada ha perdido de sus bellezas, pues el buril ha competido en esta ocasión en mérito con el pincel.

MATERNIDAD, cuadro de Eugenio Carrere

Eugenio Carrère es uno de los jóvenes pintores franceses que empiezan á adquirir justificada fama por su originalidad. El cuadro que reproducimos en nuestro grabado es una de sus obras más bellas. Representa á una joven madre, abrazando á su hijito menor: sólo se ve su frente y los párpados bajos de sus grandes y dulces ojos; pero en esa frente ¡hay tantas cosas claramente expresadas! No tan sólo toda su alegría y todo su orgullo de madre, sino también algo de la maternal melancolía que siente al pensar en las próximas vicisitudes que aguardan á aquella delicada criatura, al salir de la cuna. Por un lado, el hermano y por otro la hermana mayor del chiquitín, le contemplan; la segunda parece un tanto enternecida mirando al nuevo ser que para ella es así como una muñeca que su madre le ha dado, pero sin atreverse á confiársela.

Todo en este lienzo respira un cariño tan suave, un amor á la familia tan sincero que conmueve y alegra el alma, siendo este uno de los efectos más recomendables á que puede aspirar un artista.

A LA VEJEZ VIRUELAS, cuadro
de J. Kaufmann

Este cuadro que, aparte de su mérito en cuanto obra artística, es el refrán de su título puesto en acción, demuestra por un lado el talento de observación del pintor y por otro el ridículo á que se exponen esos viejos pisaverdes, olvidados de su edad provecta para tentar aventuras imposibles. Entre los muchos detalles que dan realce y colorido á la obra de Kaufmann, se echa de ver uno que evidencia, como hemos dicho, su espíritu observador, y es la contracción de las manos del desoído galán, las cuales aprietan con fuerza el sombrero como para dar más vehemencia y visos de verdad á las impertinentes declaraciones, acogidas por la linda costurera con la burlona sonrisa que era de esperar.

Todo en este cuadro respira naturalidad; las figuras están bien estudiadas, y sus actitudes en perfecta consonancia con el asunto en que se ha inspirado el artista.

MARIA MAGDALENA, pintura de Rafael Sanzio

El nombre del célebre pintor de Urbino va constantemente asociado á la idea de la gracia y la suavidad en los tipos femeninos, así como el de Miguel Angel representa el vigor, la suprema energía en las formas varoniles. La distinta tendencia, la diferente inclinación de ambos insignes pintores, han producido obras maestras, siendo harto conocidas las *Madonas* del primero que patentizan el influjo que en él ejercía la belleza de la mujer tal como él la comprendía.

Una de sus figuras femeninas es la que representa nuestro grabado: una María Magdalena pintada al fresco en la iglesia de Santa Cecilia de Bolonia, de tipo convencional, es decir, más romano que semítico, de cabellos y ojos negros, moreno color y encarnación propia de las ribereñas del Tíber. Esta figura, copia sin duda de un modelo viviente, lleva tan impreso en sí el sello del pincel de Rafael, que aun el menos inteligente adivina desde luego que es obra suya, y como todas, notable por muchos conceptos.

La misión católica en Pugu en el territorio alemán del Africa oriental

Desde que el imperio alemán se ha hecho potencia marítima ha querido tener también colonias ultramarinas. En un convenio celebrado en el año 1886 entre esta potencia, Inglaterra y Portugal, fué señalada como región donde Alemania podía establecer su autoridad en el Africa oriental la situada entre el sultanado de Zanzíbar y la región de los lagos, y entre la línea de Vanga y la cuenca del Rovuma. Allí, al Sud del 7º grado de latitud, á 25 kilómetros de la costa de Zanzíbar cerca de Dar-es-Salam, se estableció en un punto llamado Pugu á últimos de enero de 1888 la primera sección de la misión católica bávara, hijuela del convento de Reichenbach, compuesta de diez individuos, 1 sacerdote y 9 hermanos, y además 4 hermanas de misión. La empresa marchó bien y ya se estaba preparando en Reichenbach una nueva sección misionera, más numerosa que la primera, cuando antes de finir un año, en 13 de enero del presente, fué atacada y destruída completamente la joven estación misionera por una horda de árabes buchiris que asesinaron dos hermanos y una hermana y se llevaron prisioneros tres hermanos y una hermana con unos 150 negros jóvenes que como esclavos libertados habían sido admitidos en la misión. El sacerdote y 2 hermanos lograron huir con el auxilio de los indígenas y se encuentran á la sazón sanos y salvos en Zanzíbar, decididos á regresar á la estación en cuanto llegue el refuerzo del convento bávaro.

VISTA DE LA TORRE EIFFEL
tomada desde el Point du Jour, á tres kilómetros de distancia

No es esta la primera vez que insertamos en nuestras páginas una copia de la férrea torre que ha hecho ya famoso el nombre de su constructor.

A los detalles ya publicados, añadiremos hoy que este monumento, asentado sobre sus enormes pilares á la entrada de la Exposición universal de París, forma como el arco de triunfo de la ciencia y de la industria. Hoy, que ya está terminado, puede apreciarse y juzgarse su aspecto. Cuando se considera la torre de lejos, graciosa, esbelta, ligera, elevándose al cielo como un tenue enrejado de hilos metálicos, aparece llena de poesía en su conjunto. Al acercarse á ella, la construcción adquiere carácter monumental; y cuando se llega á sus pies, se admira esa enorme masa metálica ensamblada con una precisión matemática y que es una de las obras más atrevidas de cuantas ha emprendido el arte del ingeniero. La sorpresa aumenta al subir por las escaleras de la torre; antes de llegar al primer piso se atraviesa por bosques de montantes de hierro, y conforme se va subiendo, causa asombro á la vez la inmensidad del edificio, su ligereza aparente y lo magnífico del panorama que desde ella se contempla.

Uno de los individuos más conspicuos de la Academia de Ciencias ha hecho la apología de la torre Eiffel, diciendo que «es para nuestra época lo que la gran pirámide, que revela los esfuerzos de un pueblo, fué para el mundo antiguo; todos los recursos del arte contemporáneo han contribuído á su ejecución.»

La obra que M. Eiffel ha tenido la gloria de realizar es en efecto la expresión de la ciencia aplicada de nuestro tiempo.

Otro de los grabados que en este número dedicamos á la obra de M. Eiffel, representa los ascensores que funcionan en ella para evitar la molestia de subir los mil seiscientos escalones que á su remate conducen.

Estos ascensores pertenecen á tres sistemas: el de Roux, Combaluzier y Lepape; el de Otis y el de Edoux.

Necesitaríamos descender á minuciosos detalles técnicos, propios más bien de una revista científica, para explicar el mecanismo y modo de funcionar de estos aparatos, por lo cual sólo diremos que desde el suelo hasta el primer piso de la torre hay dos del primer sistema y otros dos del segundo; desde el primer piso hasta el siguiente, se efectuará la subida en dos ascensores Otis; y entre el segundo piso y la plataforma superior que se halla debajo de la linterna, hay instalado un ascensor del sistema Edoux.

La velocidad de ascensión del sistema Roux, Combaluzier y Lepape es de un metro por segundo y el vehículo puede contener 100 viajeros, que llegarán en un minuto al nivel de la primera plataforma.

El vehículo del ascensor Otis sólo tiene cabida para 50 personas; pero como su velocidad ascensional es de dos metros por segundo, ó sea doble que la del anterior, dará el mismo resultado.

El ascensor Edoux puede subir 750 personas por hora, caben en él 63 de una vez, y tiene 14 metros cuadrados de superficie, siendo su velocidad de 90 centímetros por segundo.

Todos estos ascensores están movidos por el agua y han requerido la instalación de muchas bombas de vapor, las cuales necesitan una fuerza continua de 300 caballos.

En su conjunto, dichos ascensores podrán elevar 2350 personas por hora á los pisos primero y segundo y 750 á la cúspide: la duración de la subida total será de siete minutos. Añadiendo las personas que pueden subir por las escaleras, será posible, merced á los medios previstos, que cada hora visiten 5000 la torre.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SHAKESPEARE EN LA CORTE DE LA REINA ISABEL,
cuadro de Enrique Juan Schlimarski

La tentación de asociar en un cuadro la figura de Shakespeare con la de su contemporánea, la gran reina Isabel, ante la cual recita el poeta algunos pasajes de sus dramas «Enrique VIII» y el «Sueño de una noche de verano,» era demasiado grande para resistirla. En tiempo de Isabel y de Shakespeare era tal la condición de actor y de escritor dramático que podía tenerse por un favor especialísimo y una distinción sin ejemplo el ser invitado para leer sus creaciones poéticas ante la orgullosa soberana y su corte reunida, como hoy suele suceder con tal ó cual artista ó compositor musicales. Juan Schlimarski, discípulo de Makart y autor del cuadro que reproduce nuestro grabado, es sucesor legítimo de su maestro, así en rodear los asuntos que escoge de caracteres convencionales como en revestirlos de brillo pictórico; así es que en la obra que nos ocupa no se ha propuesto tanto presentar un cuadro verdaderamente histórico cuanto una creación magnífica, pomposa y en la que pudiera dar libertad á su fantasía; ensueño de artista y de poeta cuya escena no parece pasar en la brumosa Inglaterra sino más bien en la ideal Italia con su sol resplandeciente, su exuberancia vegetal, sus esplendentes colores y sus pomposos palacios de mármol. Si se tiene presente esta intención del artista y se renuncia á las exigencias que se deben presentar tratándose de cuadros de la escuela de Makart, no se negará á la obra y al talento de Schlimarski la aprobación que merece esta creación brillante y este trabajo eminente de colorido, ni los aplausos que le ha prodigado el público que lo visitó cuando estuvo expuesto en Viena y Hamburgo.

DE IDILIO Á TRAGEDIA

I

Una enfermedad rebelde, ocho meses de ímprobo trabajo y el inclemente invierno de París me habían hecho saludar la primavera del año 1879 como una esperanza de reposo y de salud.

Tan pronto como se abrieron las primeras flores, me trasladé al campo, ansioso de luz pura y vastos horizontes, de plácida calma y absoluta libertad de espíritu.

Pasé algún tiempo en La-Roche-Guyón, pintoresca villa de las inmediaciones de Versalles, con mi buen amigo el Dr. Tichy, médico del célebre establecimiento de Beneficencia de aquella localidad.

El tema principal de nuestras conversaciones era España. Habíamos hecho juntos, en 1875, una excursión por Cataluña, visitando pueblos y aldeas, subiendo á los picos más encumbrados de los Pirineos y del Montserrat, estudiando la flora, recogiendo caudales de observación para estudios de costumbres, hallando á cada paso manantiales de poesía.

El Dr. Tichy es gran botánico é inspirado poeta. La ciencia le debe importantísimos trabajos; en la república de las letras se ha conquistado un nombre como autor de los tomos de poesías que se titulan *Selma*, *Feuilles mortes* y *Brises légères*.

En el Hospicio de La-Roche-Guyón me llamó poderosamente la atención un pobre loco, interesante por su gallarda figura, sus finos modales y su aspecto noble y simpático.

Entregado á un mutismo absoluto, llevaba en su rostro las huellas de la más profunda melancolía.

Era el último vástago de una aristocrática familia francesa, arruinada por el segundo imperio. Contaría, á lo sumo, treinta y cinco años. Su locura era el triste desenlace de un drama conyugal. Pero yo no supe entonces los detalles de aquella funesta historia.

Cuando le dirigía la menor pregunta, encaminada á arrancarle alguna explicación, el pobre demente abría los ojos con espanto, experimentaba un estremecimiento general, se cubría el rostro con las manos y se iba, repitiendo esta enigmática expresión:

– ¡Fru-Fru!... ¡Fru-Fru!

II

Obligado, más tarde, á ir con frecuencia á París, me trasladé á Fontenay-aux-Roses, y de allí al valle de Aulnay, fijando mi residencia en un pintoresco *chalet*, entre Chatenay y Robinson.

Situada en la vertiente de una colina, mi casa dominaba, en un vasto horizonte, la villa de Sceaux y los pueblos de Fontenay-aux-Roses, Chatenay, Aulnay, L'Haï, Arcueil, Verrières y Villejuif.

El paisaje es variado y hermoso. Bosques de gigantescos castaños sirven de marco á fértiles llanuras. Los campanarios de los pueblos asoman por entre frondosas alamedas y paseos de olmos y acacias.

Blancas carreteras bordadas de castaños de la India cruzan el valle en todas direcciones. A un lado se asienta, pesado y triste, el inmenso palacio del Duque de Trevise, edificado sobre los cimientos del que destruyó la Revolución del 93. Contiguo á mi casa, se oculta en un hermoso parque el poético palacio del Duque de Larochefoucauld, donde escribió Chateaubriand las mejores páginas de su *Genio del Cristianismo*.

La mano del hombre se ha unido á la naturaleza para hacer de esta comarca uno de los sitios más pintorescos de los alrededores de París.

III

Poco tiempo después de encontrarme en Aulnay, recibí una carta concebida en estos términos:

«Verrières, 6 de julio de 1879.

»Mi estimado amigo:

»Si no os habéis retirado completamente del mundo y no sois víctima de algún accidente de gravedad, venid á verme.

»De la casa en que vivís á la que habito, hay escasamente una hora.

»Preguntad por la quinta de los señores de Arlendier. Todo el pueblo la conoce.

»Os agradeceré la visita, y se alegrará mucho de conoceros la familia de Arlendier, que me obsequia con la más galante hospitalidad.

»Os estrecho cordialmente la mano.

»Juana de G...»

La autora de esta carta era una joven señora, dotada de todas las virtudes, de todo el talento y de toda la gracia que pueda reunir mujer alguna en el mundo real.

Su esposo, excelente amigo mío, era un abogado de gran reputación.

Al día siguiente de haber recibido la carta, fuí á Verrières, y los señores de Arlendier me dispensaron una afectuosa acogida.

Después de los preliminares de mi presentación á la familia, compuesta de marido y mujer y de una hija encantadora, llamada Elena, tomamos un refresco, y dimos un paseo por el parque de la quinta.

En la ciudad, una primer visita es generalmente una mera fórmula de atención; en el campo, puede ser el primer lazo de una sólida amistad.

Al fin de nuestro paseo, no parecía sino que yo era antiguo amigo de la casa.

La simpática Elena hablaba correctamente el español y conocía nuestra literatura. A ruegos de doña Juana, recitó con perfecta entonación una poesía de Núñez de Arce, alusiva á la Commune de París.

Su madre, D.ª Margarita, había hecho en sus mocedades un viaje por España, de la cual conservaba los más poéticos recuerdos. El señor de Arlendier había contraído amistad con el general Prim, poco antes de la Revolución del 68.

Por todas estas circunstancias, mi calidad de español fué motivo suficiente para que se me acogiera con expansiva cordialidad.

El día en que les hice mi tercera visita se proyectó un paseo á caballo. Don Edmundo y su señora no quisieron ser de la partida, prefiriendo quedarse á la sombra de los copudos castaños de su parque. En un santiamén, la bella Elena y doña Juana cambiaron sus vestidos por trajes de amazona, mientras los criados ensillaban los caballos.

Diez minutos después, galopábamos por una hermosa alameda que conduce al bosque de Verrières. En el centro del bosque hay un cortijo donde hicimos un alto de quince minutos para tomar un vaso de leche recién ordeñada.

Puestos en marcha otra vez, cruzamos el bosque por una de sus calles más umbrosas, y bajamos al valle de Bièvre por una tortuosa senda, desde la cual se domina un hermoso paisaje.

Atravesamos el pueblo de Bièvre y el río que le da nombre, para retroceder luego hacia la carretera de Antony; del mismo Antony á que dió celebridad Alejandro Dumas, haciendo pasar en él la acción de la más notable de sus novelas.

Al dejar el río Bièvre á nuestras espaldas, nos internamos en un pequeño bosque que nos prometía agradable sombra.

De pronto me llamó extraordinariamente la atención una casa solariega, ruinosa y abandonada, que divisamos entre los abetos del bosque, á poca distancia del camino.

Aquella casa parecía una decoración de melodrama. No era posible observarla en sus detalles, sin experimentar un estremecimiento de angustia. El techo se hundía en varios sitios, y asomaban hierbas parásitas por entre las grietas de los muros. La reja estaba cerrada; las ventanas también. Corrían lagartos por las paredes. Las cerraduras y ferramentas de las puertas estaban enmohecidas por el descuido y la humedad. En el patio crecían malvas y ortigas. Una parra y una enredadera que se habían desprendido de la pared, yacían por el suelo entre piedras y fragmentos de cornisas.

Ni un pájaro, ni una voz, ni un ser viviente animaba aquel runoso palacio, que parecía la mansión del silencio.

Doña Juana adivinó por la expresión de mi rostro los pensamientos que se agolpaban á mi mente, y dijo, deteniendo su caballo delante de la reja:

– ¡Magnífico asunto para una poesía romántica!

– ¿No os inspiran alguna estrofa este quieto paisaje y esa abandonada vivienda? – dijo Elena, haciendo dar media vuelta á su alazán.

– ¿Qué palacio es este? – pregunté yo, parándome junto á las dos amazonas.

– El palacio de Merey, – contestó D.ª Juana.

– El palacio de ¡Fru-Fru! – añadió en voz baja Elena.

– *¿Fru-Fru*, del teatro del Gymnase, que ha valido tantos triunfos á la simpática Legault (1)?

– Sí y no..., – dijo mi amiga; – es toda una historia... una triste y lamentable historia...

– ¿Que vais á referirme?

– ¿Por qué no?

– Pero vamos andando, – advirtió Elena, – porque el sol declina y nos hallamos á dos leguas de casa.

Pusimos al paso nuestras cabalgaduras, y D.ª Juana refirió en los siguientes términos la historia evocada por el ruinoso palacio.

IV

– No ha muchos años, el joven conde de Merey, propietario del vetusto palacio que acabamos de ver, se casó con Gabriela de Belán.

En contra de lo que suele acontecer en la moderna sociedad francesa, ambos cónyuges se unieron por amor. Nunca se vió pareja más feliz.

Sin embargo, en aquel cielo sin nubes, en aquella felicidad incomparable, en aquella ternura tan sinceramente



PRIMAVERA DE LA VIDA, cuadro de Noe Bordignon

(1) Es muy conocida la comedia de Meilhac y Halévy, que toma por título el nombre de su protagonista, *Frou-Frou*, cuya ortografía altero en castellano, de modo que corresponda á la pronunciación de la palabra francesa.

compartida, Gabriela ponía más pasión que el conde. El amor, que sólo dominaba al marido, absorbía á la esposa.

Nuestras costumbres son hoy tales, que los caballos, el casino, la caza, el juego, los amigos desvían siempre en favor suyo una parte, grande ó pequeña, de lo que exigiría la realización del sueño más grato de las mujeres: ¡El amor en el matrimonio!

Gabriela hubiera querido que el conde no se ausentase jamás. Cuando se separaba de ella por algunas horas, se sentía presa de una mortal angustia. Iba á esperarlo en la puertecita del parque, y á una distancia increíble conocía el galope de su caballo; entonces le palpitaba el corazón con gran violencia, y se veía obligada á apoyarse en el tronco de algún árbol ó á sentarse por no caer desfallecida.

No era que estuviese celosa... ¡Su marido la amaba tanto! El joven conde volvía al lado de su Gabriela tan risueño, con una sonrisa tan franca, con una voz tan dulce, con palabras tan tiernas!...

A pesar de todo, ella sentía á veces un vago malestar, una inquietud que pudiera llamarse presentimiento de celos.



ARTE Y AMOR, cuadro de R. Potzelberger

Entonces decía á su esposo, con una sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos:

– ¡Oh, Eduardo mío! Si me engañases, si tuviese yo la certeza, la simple sospecha de una infidelidad tuya, me moriría; tenlo por seguro.

El conde hacía un gesto, mezcla de desagrado y de protesta de fidelidad. Pero ella procuraba en seguida calmarlo añadiendo con gracioso mimo:

– Después... cuando menos te lo esperases... en el misterio de una noche silenciosa... tu mujercita volvería para decirte: Eduardo mío, te amo todavía... ¡á pesar de que me has causado la muerte!

El conde concluía por reirse de ella y le tapaba la boca con un beso. Sin embargo, no podía evitar cierta turbación inexplicable.

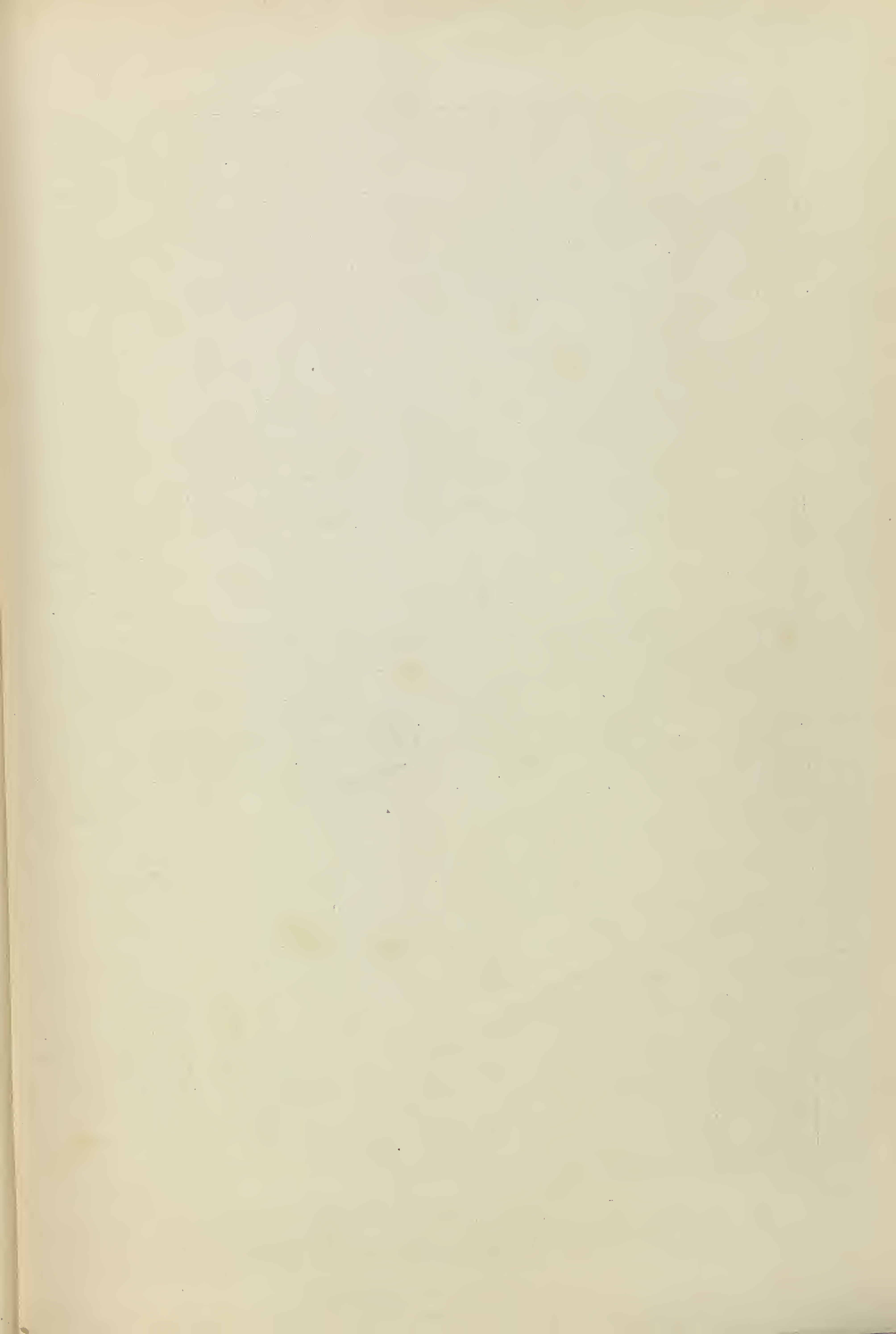
La luna de miel de aquellos amantes esposos duró tres años.

A últimos de abril de 1870, poco tiempo antes de los terribles desastres de la Francia, la célebre Desclée alcanzaba cada noche un triunfo en el Gymnase de París, representando el difícil papel de *Fru-Fru*. Todo el mundo iba á admirarla y aplaudirla.

Demasiado apasionada para no ser débil, Gabriela cometió una enorme tontería; empezó por acompañar á su marido á las representaciones de *Fru-Fru*. La estación era apacible, las noches serenas; los dos esposos tomaban el último tren de Sceaux y de allí regresaban en su coche á la quinta de Merey, protegidos por la luna y las estrellas.

Pero una noche, parecióle á Gabriela que Eduardo miraba á la actriz de un modo singular, y ello le causó tanto daño como si aquella mirada hubiera sido una trai-

DE VUELTA DEL BAILE, cuadro de Gabriel Schachinger





SHAKESPEARE RECITANDO ALGUNAS ESCENAS DE SUS OBRAS ANTE LA REINA ISABEL DE INGLATERRA

CUADRO DE ENRIQUE HANS SCHLIMARSKI

ción. Desde entonces, quejóse de que se sentía indispuesta, y anunció que no volvería al teatro.

Indudablemente esperaba que su marido le diría: «Pues me quedaré contigo.» Pero Eduardo no dijo nada de esto, sino que fué al teatro solo. ¡Calculad lo que ella debió sufrir!

¿La Desclée inspiró al conde algo más que una veleidad de intriga amorosa ó un capricho imaginario? Nada lo confirma, á pesar de las murmuraciones y de los anónimos que se dice fueron á destruir por completo la ya turbada tranquilidad de Gabriela.

La célebre actriz iba á dar la última representación de la obra maestra de Meilhac y Halévy; el Jockey-Club la obsequiaba aquella noche con una cena de despedida. Estaba convenido que no faltaría á la fiesta ninguno de los socios de aquel elegante casino, á que pertenecía Eduardo.

La cena duró hasta las tres de la madrugada. El conde de Merey estaba sentado á la izquierda de la heroína. El perfume de las flores, el vino de Champagne y el entusiasmo de la fiesta lo embriagaron como á todo el mundo.

Y mientras tanto ¿qué era de Gabriela? La pobre enamorada hizo aquella noche lo que había hecho cien veces en días de ventura y confianza; esperó á Eduardo junto á la portezuela del parque.



MATERNIDAD, cuadro de Eugenio Carrère

Las horas pasaban lentamente. Entre las doce y la una, se encapotó el cielo, y una lluvia fina y penetrante traspasó el capuchón y la bata de Gabriela, que de nada se apercibía. Presa de una pesadilla espantosa, la joven se preguntaba con estupor, qué era lo que la hacía temblar de aquel modo, y cómo se explicaba què tuviese la cabeza ardiendo y los pies helados...

A las cinco de la mañana, cuando Eduardo entró por aquella misma portezuela, tropezó con su esposa, tendida en el suelo, á la inclemencia del frío y de la lluvia.

Gabriela volvió en sí, pero se había apoderado de ella una fiebre mortal. Vivió aún cinco días, mas no recobró la razón, y en su delirio, repetía con frecuencia: «¡Fru-Fru, Fru-Fru!...»

Estas fueron sus últimas palabras.

La desesperación del conde fué inmensa. Tres meses después saludaba á la guerra como un refugio, y esperaba encontrar en ella el único suicidio que puede imponerse un hombre pundonoroso.

Vióseles en los sitios de más peligro, en lo más encarnizado de las luchas, atacando al enemigo como quien se embriaga con la idea de la muerte. Pero la muerte es muy caprichosa, y á veces huye de quien la busca. Eduardo salió ileso de la terrible campaña del 71.

Volvió á su vetusto castillo por la primavera. Los infortunios de la patria habían dado á su luto un aspecto más grave y más sombrío que antes.

En el mes de agosto del mismo año, Eduardo tomó una mañana la escopeta y se fué al monte, no para distraerse sino para dominar con el cansancio la idea fija que le perseguía. Volvió á su casa al anochecer, leyó du-

A LA VEJEZ VIRUELAS, cuadro de J. Kaufmann

rante un par de horas y se acostó á las once, esperando que al fin podría conciliar el sueño.

El cuarto de su mujer, contiguo al suyo, había permanecido rigurosamente cerrado desde la muerte de Gabriela. Aquella noche el calor era tan sofocante, y Eduardo, rendido de cansancio, se daba tan poca cuenta de sus actos, que saltó de la cama, estando ya medio dormido, y abrió la puerta de comunicación. Inmediatamente después volvió á acostarse y se durmió por fin.

Pero dispertóse con sobresalto, al cabo de una hora, al sonido del reloj, que daba las doce. Después de las vibraciones de la última campanada, Eduardo oyó ó le pareció oir, en el cuarto contiguo, un ruido extraño, como si resonase en el aire la palabra ¡Fru-Fru... Fru-Fru!...

Saltó otra vez de la cama, encendió la palmatoria, penetró, por aquella puerta de comunicación que durante tanto tiempo había estado cerrada, en el antiguo cuarto de la difunta, y de pronto una corriente de aire le apagó la luz.

Entonces Eduardo sintió en su frente, en sus labios y en sus mejillas una cosa indefinible... un soplo, una caricia, el contacto de algo frío y sedoso, la muselina de una bata tal vez. Sobrecogido de espanto, cayó al suelo sin sentido.

Al día siguiente estaba loco, y á todas las preguntas que se le hacían, contestaba: «¡Fru-Fru!... ¡Fru-Fru!...»

Después de haberle prestado auxilio, los criados abrieron las ventanas y hallaron medio oculto entre los pliegues de una cortina, un espantado murciélago.

Para nosotros, este murciélago lo explica todo; pero entre las gentes sencillas y supersticiosas de esta comarca, la idea dominante es que aquella ave nocturna era el alma de la condesa, que, cumpliendo su amenaza, había ido á media noche, á murmurar á oídos del culpable:

«¡Eduardo mío!... te amo todavía... ¡á pesar de que tú me causaste la muerte!...»

V

Doña Juana de G*** concluía su relato á tiempo que llegábamos á casa de Elena.

– ¡Extraña coincidencia! – dije yo; – no ha mucho he conocido al héroe y víctima de esa interesante historia.

– ¿En dónde?

– En el establecimiento de Beneficencia de La Roche Guyon. Por este motivo me ha interesado doblemente vuestro relato.

Un cuarto de hora después me despedí de la familia Arlendier y de doña Juana, prometiendo á ésta última escribir algunos capítulos sobre la historia de los infortunados condes de Merey.

Mi promesa queda cumplida; pero ¡ay! mi noble amiga no verá estos capítulos.

¡La narradora de aquellos trágicos sucesos murió á los pocos meses de nuestro paseo á caballo!

Juan B. Enseñat

¡Vi-va Es-paña!

Estoy plenamente convencido de que á nadie interesará conocer mis gustos, y sin embargo deseo que conste que me gusta la manzanilla, para evitar así que se me confunda con alguno de esos españoles que por seguir las corrientes de la moda beben *pale ale*, son *sportman* y llaman *lunch* á una merienda y *bull dog* á un perro de presa.

Yo no soy de los que creen que España es el país mejor de la tierra, pero no lo puedo remediar, me desesperan, cuando no me causan compasión ó risa, los afrancesados, los germanófilos y sobre todo los amantes de las costumbres y lengua inglesa. A estos últimos los odio, los detesto, los acrimino por su afecto á los ingleses, y les deseo, únicamente, que de ellos se vean plagados por siempre jamás amén.

Inglaterra, Francia, Alemania tienen indudablemente cosas muy buenas, según dicen, pero si alguien me ofrece un *bock* de cerveza ó una caña de manzanilla, me bebo la última y dejo la primera para que mi criada limpie el velo de su mantilla. Si tengo ocasión de ver á un hábil patinador que con zapatitos de ruedas corre por el *skating-ring* ó al andarín Bielsa, prefiero ver á este último; y vean Vds. hasta dónde soy partidario de las cosas de España: entre ver en el hipódromo á un ridículo y escuálido jamelgo inglés montado por un no menos escuálido jokey, ó ver á Frascuelo tirarse por derecho á matar un Miura, ¡qué duda cabe! voy á ver á Frascuelo, y si concluye bien la suerte, aplaudo, y grito, tiro el sombrero al redondel, y no me tiro yo por si el toro no está bien muerto.

Francia es una gran nación, no lo dudo; Inglaterra fabrica muy buen paño, pero ¿cómo comparar la cerveza con el Jerez, el can-can con los *panaderos* ó los couplets del *pst pst* con las malagueñas del *ay!*...

Mas basta ya de digresiones y vamos al grano, que hay priesa. Si, como digo al principio, tengo interés en que se sepa que me gusta la manzanilla, es porque también he pecado, porque no soy de los que pueden tirar la primera piedra, y quiero confesar mis culpas. Óigase, pues, mi confesión.

Acúsome, venerable lector, de que hará cosa de diez meses dióme la manía de aprender el idioma de Shakespeare y de Byron, creyendo que si llegaba á conseguir mi deseo llegaría á entenderme con mis ingleses. Esta idea me entusiasmó, y héteme aquí con la *Gramática* de Ollendorff en las manos, haciendo durante todo el santo día temas y preguntándome en un inglés macarrónico: «Tiene V. el árbol del vecino de mi tío?» pregunta á la que solía contestar la gramática con respuesta tan congruente como ésta: «No señor, pero tengo la pluma de acero del jardín de su padre.»

A fuerza de muchísima paciencia llegué después de seis meses de continuado estudio á convencerme de que mis *ingleses* no se contentaban con no entenderme, pero ya había adquirido la costumbre de no leer mas libro que la gramática, y llegó mi locura hasta el extremo de parecerme el inglés un idioma armonioso, sonoro, enérgico y sobre todo muy filosófico. Me producía entusiasmo y me parecía muy racional llamar á un ojal, *button-hole*, lo cual, traduciendo literalmente, quiere decir «agujero del botón.» Decir en vez de herradura: *horse-shoe*, ó sea «zapato del caballo;» encontraba muy *filosófico* preguntar á uno: *What is the matter with you?* es decir: «¿Cómo está la materia con V.?» para averiguar qué es lo que uno tiene; y llegando mi entusiasmo por todo lo inglés hasta el ridículo, llegué aborrecer los garbanzos, á desayunarme con te, á dejarme patillas y hasta á obligar á mi criado á que me llamara *Sir*. En tal situación, y para venir á aumentar mi monomanía, quiso la suerte que tropezase un día de manos á boca con un amigo de la infancia á quien no había visto durante muchos años por la sencilla razón de que él había estado en Londres y yo no había salido de España. Nunca la casualidad ha reunido á dos individuos más faltos de sentido común. Si maniático era yo por el inglés, él me daba quince y raya. Yo era un inglés de Valdemoro, él un londonense completo; vestía como un mamarracho, el cielo azul de España le causaba *spleen*, no hablaba mas que de caballos, no comía mas que *roast-beef* con mostaza inglesa, es decir, que se alimentaba aplicándose sinapismos al estómago, ¡y qué más! á un criado que tenía y que se apellidaba Ballín le llamaba *Guolin*, pues decía que este apellido era de origen inglés y que debía pronunciarse así y escribir con *w*.

Mi amistad con Roberto, que éste es el nombre de mi amigo, acabó por entontecerme. El me hizo aficionar al arte hípico y á estar todo el día hablando de caballos, á mí, que no he tenido ni pienso tener más que uno de cartón que me regalaron allá en mis primeros años y del cual á pesar de no moverse me caí muchas veces. El me hizo aficionado á la caza y pesca, y para desarrollarme, según decía, me tenía todo el día haciendo ejercicios con dos enormes pesos que me descoyuntaban los brazos, y él, por fin, llevó su crueldad inglesa hasta obligarme á tomar baños fríos al levantarme de la cama, cosa que no hice más que una vez, pues ésta bastó para que pillase un catarro del cual casi me muero. Para Roberto todo lo español era pésimo. España era un país de gente mal educada, cuando no de cafres. Las sedosas y negras cabelleras de nuestras mujeres, eran feas y ordinarias comparadas con las doradas crenchas de las hijas de Albión, y antes de pasar adelante debo decir que en esto jamás con siguió convencerme, pues á mí las doradas crenchas, como él las llamaba, me han parecido siempre panojas de maíz. La educación de las mujeres españolas, decía, es detestable: no saben más que coser y hablan delante de los hombres de las medias, de la camisa y demás prendas interiores de vestir, cosa para Roberto imperdonable y que acusaba ligereza de costumbres y una falta enormísima de pudor.

De las corridas de toros no era posible hablar con él: era una fiesta bárbara, él no comprendía cómo sin desmayarse podía verse morir á un caballo en las astas del toro. Presenciar cómo se aporrean dos boxeadores es distinto; al fin y al cabo si se matan á puñetazo limpio es porque quieren, y al caballo lo matan sin consultar su voluntad. Esto indigna y horroriza, ¡pensar que hay quien se divierte viendo expirar á un caballo, á un animal tan útil y tan noble! Un hombre nunca es tan útil, y sobre todo los boxeadores nunca son nobles, tienen esta desventaja, comparados con los caballos.

Estas ideas mil y mil veces oídas, acabaron por trastornar mi razón; así es que hace unos dos meses era yo un gallego, injerto en inglés. En algunas ocasiones, sin embargo, recordaba mis antiguas aficiones y olvidando mi papel de inglés, entonaba unas malagueñas ó unas seguidillas; entonces había que oír á Roberto: – «Eso que cantas, – decía, – me destroza los oídos, eso no es música; imposible parece que haya quien pueda oir esos roncos quejidos sin sentirse enfermo.»

Así las cosas, sucedió que un día fuí, como de costumbre, á visitar á Roberto á la fonda en que vivía y le encontré contento, entusiasmado y alegre como nunca. – ¿Sabes, – me dijo, – que ha llegado hoy y se hospeda en esta fonda una inglesa preciosa, á quien conocí en París hace ya algunos años y que... – Una inglesa y preciosa! – dije sin dejarle concluir. – ¡Bravo! ¡magnífico! esa es la mujer que faltaba en mi lista; pero dí, ¿es casada, soltera ó viuda?

– Ninguna de las tres cosas.

– Caramba, – repuse, – eso no puede ser, como no sea monja!

– Nada de eso; es la *amiga* ó como tú quieras llamarla de un titiritero, es decir de uno de los artistas que forma parte de la compañía gimnástica y acrobática que trabajará el próximo domingo.

– ¡Ah, vamos! género de verano, género ligero. Mejor que mejor; la *amiga* de un hércules que se exhibe á dos reales la entrada, bien podrá ser amiga mía!

– Cuentas muy galanas te estás echando. Nunca conseguiré que deseches esa ligereza de carácter, propia de los españoles. Ten entendido, – dijo Roberto poniéndose serio, – que la mujer de quien te hablo, se presenta y produce como una señora y como tal habrás de tratarla, si quieres que te presente á ella.

– Bien; no discutamos, la trataré como si fuera una duquesa; pero dime, ¿es verdaderamente bonita?

– La conocí, como antes empecé á decirte, en París; tenía entonces unos veintidós años, era un ángel de belleza. Después no sé lo que habrá pasado, veo que ha bajado mucho en categoría, cosa que no me explico, pues en belleza no ha perdido mucho. Algo jamona está ya, pero todavía es una hermosa mujer.

– ¿Jamona dices? ¡adiós mis ilusiones!

Continuó así nuestra conversación y venimos á convenir en que al día siguiente me presentaría Roberto á la *mujer* de Mister Strong, el primer equilibrista del mundo, según se anunciaba. Durante varios días estuvimos yendo á visitarla y debo confesar que aparentemente la inglesa era una Lady perfecta, hablaba el inglés según decía Roberto como Milton, el francés como Racine, el italiano como Petrarca, pero el español, á decir verdad, lo destrozaba más que mi aguador. Sus modales eran elegantes, su manera de vestir irreprochable, pero sin saber porqué, aquella mujer no me gustaba, no me parecía una hija de Eva, sino de la serpiente que engañó á nuestra inocente abuelita.

Transcurrió así algún tiempo, durante el cual nuestra amistad con los Sres. Strong y con los demás artistas de la compañía se estrechó bastante. Roberto me anunció un día que se había enamorado de una de las artistas y que se iba con ellos á Barcelona. Yo traté de disuadirle de su proyecto, pero no lo conseguí. Aquel demonio de mujer, que en verdad era una francesa preciosa y muy lista, había sorbido el poco seso de Roberto. Hice cuanto pude por desengañar á mi amigo, pero él se obstinó en no ver claro. Decidió marcharse con su volatinera y quiso dos días antes de su partida, que nos despidiésemos cenando juntos los esposos Strong, Mlle. Elisa, él y yo.

Dispénsame, caro lector, si no te describo aquella cena; la pluma de Zola se resistiría á hacerlo; te diré únicamente que aquella Lady á quien yo había tratado como á una duquesa, juraba más que un carretero, bebía *brandy*, es decir, aguardiente, á vasos, y sobre su moralidad, compostura y decencia, baste decir que hubo momentos en que llegué á sonrojarme.

Convidando á aquellos repugnantes seres, gastamos una cantidad con la cual hubiéranse considerado felices muchas gentes, pero en cambio algo había ganado; mi entusiasmo inglés se había enfriado mucho y se enfrió aun mucho más cuando, al siguiente día, supe por el director de la compañía detalles de la vida de la inglesa.

Me despedí de Roberto no sin darle buenos consejos, y como he dicho antes noté que mi acendrado amor por las cosas inglesas disminuía.

No habían pasado seis días desde la marcha de Roberto, cuando hallándome una noche aburrido y cansado de pasear por no sé qué plaza de esta ciudad, llegó á mis oídos el ruido acompasado de las palmas y de los óles, necesario acompañamiento del canto andaluz; fijé mi atención y díme cuenta de que aquel ruido salía de un café, al cual en mis buenos tiempos de españolismo, solía yo asistir. Tan hondas raíces habían echado en mí las necias teorías de Roberto, que dudé largo rato antes de decidirme á entrar, mas por fin me decidí y entré. No necesité más que pisar el suelo del café para convencerme de que aquel era mi verdadero terreno.

Sobre un tablado de un metro próximamente de altura hallábanse colocadas tres mujeres y dos hombres, ellos tocando en la guitarra un acompañamiento de malagueñas, dos de las mujeres tocando palmas y la tercera empezaba á cantar con una hermosa voz de contralto, en el momento en que yo me sentaba junto á una mesa, una malagueña con la siguiente melancólica letra:

> Dos besos tengo en el alma
> Que no se apartan de mí,
> El último de mi madre
> Y el primero que le dí.

No es posible decir lo que en aquel momento pasó por mí. Los que después de muchos años de ausencia vuelven á pisar su patria deben sentir una emoción algo parecida á la que yo experimenté.

Aquella malagueña me recordaba que en España había recibido el primero y último beso de mi madre. En aquel instante me acordé de Roberto. Sin duda jamás oyó el desgraciado una malagueña; involuntariamente me reí de sus necias teorías. A haber oído ese canto, lleno de dulce melancolía, no hubiera pensado de la manera que pensaba. La malagueña es algo más que un canto, aquellos prolongados ayes parecen quejidos del alma, su ritmo tristemente dulce tiene algo, un no sé qué, que encanta; las letras casi siempre amorosas describen con esa sencillez poética que tienen todos los cantares populares los dolores que causa el amor desgraciado. A aquella malagueña siguió otra y otras, y cada vez me fuí alegrando más.

Cuando mi entusiasmo rayó más alto fué cuando tras un breve descanso, rasguearon los tocadores unos *panaderos* y comenzó á bailarlos con sin igual gracia una mujercita de esas que sólo nacen bajo el cielo de Andalucía. Pequeña de cuerpo, delgada, de color quebrado, de cabello ondeado como el mar tranquilo, y negro como la endrina, de pie y mano más corto que un día feliz, esbel-

ta como palmera y ligera como una pluma, con una boca que parecía una amapola que se sonriese y hablara, y sobre todo con unos ojos... ¡válganme las 11000 vírgenes! tentaciones me dan de romper la impotente pluma, que confiesa paladinamente que no sabe describirlos. Mas resisto á la tentación, porque no es suya la culpa. ¿Cómo describir lo indescriptible? De unos ojos puede decirse que son hermosos, tiernos, grandísimos, rasgados, dulces, fascinadores, pero de aquellos decir esto no es decir nada, porque no eran ojos, eran un asombro, una tentación! Si parecía cuando le miraban á uno que bajaba Dios á verle! La dueña de aquellas tentaciones llamábase María la guapa; años hacía que María y yo habíamos trabado amistad, así es que en cuanto terminó el baile, bajó del tablado y vino á sentarse á mi lado. Renovamos nuestra antigua amistad y charlando, charlando consumimos unas aceitunas, unas rajitas de salchichón y una botella de manzanilla. Acabóse el espectáculo de aquella noche, comenzó la gente á desalojar el café y las demás *cantaoras*, llamadas por María, vinieron á formar corro al rededor de mi mesa.

Corrimos una *juerguecilla*, como se dice en lenguaje flamenco, pero *juerga* modesta, mucho *cante* y poco vino.

María la guapa era la que más alegría demostraba, pero al poco rato de oirla, noté que su alegría era ficticia. Me acordé en aquel instante de que cuando conocí á María vivía con un cantaor llamado Paco *el guajiro*, le pregunté por él, y María que por exceso de bebida estaba un poco alegrilla, dejó de reir, púsose seria y por más esfuerzos que hizo no pudo evitar que sus hermosos ojos se llenaran de lágrimas.

– ¡Qué mala sombra tienes, *arrastraísimo*! – me dijo una de sus compañeras. – ¡Qué mala idea *ta dao* de mentar ahora...

– Hija, yo...

– Déjalo, – repuso María, – si á veces me hace bien llorar y hablar un ratito de él. ¿V. no sabe lo *ca pasao*? Mi Pepe está en el presidio de Cartagena... No lo culpe usted, yo tuve la culpa. Mire V., yo estaba *acharaiya* porque se me figuraba que mi Pepe andaba un poco *chalao* por una mujer; por la Rubia, ya la debía V. conocer. Una noche al salir del café en Valencia se marchó Pepe con un amigo. Al poco rato la Rubia *pa acharar-me* se marchó también y en fin *pa* acabar salí yo en busca de Pepe y me lo encontré en un colmao con la Rubia; yo no supe lo *ca* hacía y le puse á Pepe la mano en la cara, y él, naturalmente, ¿qué había de hacer? ya ve V. ¡pegarle delante de gente y habiendo otra mujer!, pues que sacó la navaja y me tiró esta *cuchillá* al cuello, que si no me aparto me degüella, y ojalá me hubiera *degollao*. Pero cá, yo estaba ciega y grité como una gallina, y vino la policía y prendieron á mi Paco, mi Paco de mi *arma*!

Guardó silencio María por un largo rato, callamos todos mientras ella lloraba y lloraba.

– Usted no sabe – dijo después secando sus lágrimas con la mano, – la pena que ahora me da ir á casa sola y no ver á Pepe que está allá, en Cartagena, y le habrán *cortao* aquel pelo negro *too yeno* de *sortijiyas*. Un solo consuelo tengo: mi Pepillo.

– ¿Algún hijo tuyo? – interrumpí yo.

– No, de mi Pepe.

– ¡Y de la Rubia! – añadió una de las compañeras.

– ¡De la Rubia! – dije yo con asombro.

– Sí, si esta es más tonta! – añadió la otra.

– ¡Tonta! - replicó la María. – ¿Qué hubieras hecho tú? La Rubia se murió al dar á luz al chiquillo, Pepe estaba en presidio. ¿Hubieras dejao que *yevaran* al pobre niño á la inclusa? ¡Pobre Pepillo de mi alma! él es lo único que tengo de su padre.

Me despedí de las cantaoras, acordándome de Miss Strong.

Al llegar á mi casa encontré una carta de Roberto en la que me decía que Mlle. Elisa se había fugado robándole una cartera con cinco mil duros en billetes.

Maquinalmente comencé á canturrear la marcha de la zarzuela *¡Cádiz!* por aquel trozo cuya letra dice: ¡Vi-vá Es-paña!...

Juan Roa



MARIA MAGDALENA, pintura de Rafael Sanzio

PETITS VOYAGES

Como el hombre es el animal más ingenioso entre todos los animales, siempre está imaginando medios para procurarse alguna ganancia material.

La Exposición que se anuncia en París, es ocasión y motivo para excitar los apetitos de los «hombres de negocios.»

Un sujeto, mi amigo, discreto y de suyo mercantil, según él cree, aunque yo tengo para mí que él y yo allá nos andamos en espíritu comercial, tiene un plan para la época de la Exposición.

Me ha explicado su proyecto y es verdaderamente extraordinario.

– El viaje entre Madrid y París costará ciento veinticinco pesetas, ida y vuelta, – me decía el inventor.

– ¿En qué clase? – le pregunté.

– En primera, – me respondió.

– ¿En primeras letras ó en primera instancia?

– En primera, desde Madrid á Irún.

– Y desde Irún á París, ¿andando?

– La permanencia en París será de ocho días.

– ¿En las ciento veinticinco pesetas entra también el hospedaje?

– Es natural.

– ¿Hospedaje natural? vamos, ¿al raso?

– No, digo que es natural que entre en cuenta el hospedaje: desayuno, almuerzo, comida, cuarto y cama. Alojamiento en un buen hotel.

– ¿En el Hotel Dieu ó en el Hotel de Ville?

– Almuerzo y comida, en...

– ¿En la Morgue?

– Entrada en la Exposición, viaje á Saint-Cloud...

– ¿Y á Sans Ceremonie?

– Los individuos que viajen por cuenta de nuestra empresa, estarán sujetos al reglamento.

– ¿Reglamento?

– Sí; cada pelotón de veinte irá á las órdenes de un representante nuestro.

– Ya; ¿van por traíllas como los perros?

– El representante será el encargado de colocarlos en los coches, y de guiarlos hasta el hotel, en París, de acompañarlos en la Exposición y de explicarles cuanto deseen: todo, por supuesto, de pasada.

– Entiendo: como explican las vistas panorámicas los encargados de la exhibición:

«Aquí verán ustedes el Campo de Marte: esta es la rue Rívoli... El teatro de la grand'opera... La place de la Bourse... Le restaurant anglais... Aquí se come bien, pero esto no es para nosotros...» y así sucesivamente.

– Todas las mañanas se reunirá á los viajeros por nuestra empresa, á toque de campana. Les servirán el café ó el chocolate con mojicones ó con algún equivalente, y en seguida saldrán, guiados por nuestro representante, para visitar el palacio de la Exposición. A las doce el almuerzo en un «bouillon distinguido:» tortilla de hierbas naturales, y dos platos fuertes.

– Sí, carne á la dinamita y pescado fulminante.

– A las doce y veinte minutos, á la calle.

– ¡Veinte minutos para comer!

– Y ha de sobrarles tiempo.

– Lo creo.

– A recorrer París.

– ¿A pie?

– Pues es claro.

– ¿Con bordón y calabaza?

– No, hombre, no.

– ¡Desdichados peregrinos del Progreso «à bon marché!»

– A las siete á comer en un buen restaurant de un franc et demi...

– ¿Y hors d'œuvres y hors les vins?...

– Comida buena y nutritiva.

– ¿De caballería?

– ¿Cómo de caballería?

– Sí, carne de caballo cesante, pescado primitivo, aves de nuestros mayores.

– A las nueve al hotel y á la cama, y al día siguiente, lo mismo.

– ¡Infelices! pasarán las noches en un relincho.

– A los ocho días regresarán...

– ¿Los que hayan sobrevivido al tratamiento?

– Es un negocio de resultados satisfactorios.

– Principalmente para los viajeros; pero temo que intervengan los tribunales en el negocio y que castiguen á empresa y viajeros por imprudencia temeraria, cuando menos.

Enterado del proyecto de mi amigo, decía otro individuo:

– Nosotros pensamos hacer más.

– ¿Y quiénes son Vds.? – preguntó mi amigo con cierto disgusto.

– Una sociedad anónima, – respondió el otro, – denominada...

– Si es anónima ¿cómo tiene nombre? – observé.

– Está V. mal enterado de asuntos de comercio, – replicó el de la anónima; – nuestra sociedad se denomina Omnibus club.

– Sí, como pudieran Vds. titularla: «El amigo de los niños ó sea El zapatero y el Rey.»



LA MISION CATÓLICA EN PUGU EN EL TERRITORIO ALEMÁN DEL ÁFRICA ORIENTAL

EL ASCENSOR OTIS EN LA TORRE EIFFEL DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. – CONSTRUÍDO POR LA COMPAÑÍA AMERICANA DE ASCENSORES, PARÍS Y LONDRES

A. Vista del ascensor para 50 personas. B. Vista general de un pilar de la torre en la base, con su actual inclinación. 1. Cilindro hidráulico. 2. Carro de varias poleas. 3. Poleas fijas. 4. Plataforma de espera. 5. Ascensor, en su marcha ascendente. 6. Cables tirando del ascensor. 6 A. Los mismos cables enrollados al cilindro. C. La torre Eiffel, 300 metros de altura

– Nosotros llevaremos y traeremos á los viajeros, desde cualquiera capital de España á París y vice-versa, después de sostenerles allí por espacio de veinte días; y todo por treinta pesetas adelantadas.

– Eso es imposible.

– Pero es que nosotros les obligaremos á trabajar durante los días de permanencia en París, bien como camareros en café ó en restaurant, bien para llevar baúles al hotel, ó en sus profesiones particulares.

– ¡Ya!

– Y no les daremos más que una comida, el día de llegada, y otra el día de salida.

– Pueden Vds. ahorrarse la segunda.

Pero el proyecto de mi amigo es sorprendente.

– Aun me faltan algunos datos para desarrollar mis pensamientos, – me dijo; – si es posible, he de incluir en el programa de la expedición, un baño diario en el Sena durante la estancia del viajero en París.

– Sí, porque antes ó después sería difícil.

– La solución del problema depende del número de personas que llevemos.

– Eso es, del número de víctimas.

– Porque, si, como esperamos, fuese muy crecido, pudiéramos conceder aun más ventajas.

– ¿Más?

– Sí, tales como la educación de los niños durante los veinte días de estancia en París.

– Y el obsequio de un terno para verano á los padres, de un corte de vestido á cada madre, y un corte de novio á cada muchacha casadera.

Sin contar con estas ventajas y premios á la economía, es incalculable el número de personas que proyectan visitar la Exposición.

Varias no pasarían del proyecto si no fuera por la empresa de mi amigo y por otras igualmente benéficas, que se proponen llevar á París á gente de pocos recursos facilitando el viaje, aunque sea andando, y proporcionando la manutención á muerte en aquella capital.

No hay persona al parecer medio civilizada, que no pregunte:

– ¿Y V. va á la Exposición?

– No podré saberlo hasta que llegue á la mayor edad, – respondo algunas veces.

– Pues mi esposo va á la «overtura» – me decía una señora sin gramática.

– ¡Ah! su esposo es otra cosa, – repliqué.

– No le cuesta un céntimo.

– Está bien relacionado.

– Va comisionado, no sé si por el ayuntamiento ó por la diputación de su pueblo ó por la diputación á cortes.

– O por el tribunal de conejos de Indias.

– Lleva encargo de estudiar los adelantos de la filoxera ó de no sé qué.

– ¡Él!

– ¿Pues no ve V. que ha servido?

– ¿Como filoxera?

– Al Estado.

– ¿En qué?

– Tuvo estanco nacional de tabacos en su pueblo.

Otro sujeto pregunta:

– ¿Quién no va á París? Hoy es lo mismo que en otro tiempo ir desde Madrid á Getafe: y barato. ¿Usted irá, por supuesto?

– Sí señor, pero no sé cuándo; si en este año ó en el otro.

Hasta en los señores del orden público ha entrado el deseo de visitar la Exposición de París.

– ¿Tú sabes, – preguntaba uno de ellos, no hace muchos días, á un compañero, – si mandarán á alguno de nosotros allá?

Y el otro respondió:

– Hombre, nada he oído, pero pienso que, de mandar, mandarán la pareja.

EDUARDO DE PALACIO



Vista de la torre Eiffel tomada desde el Point du Jour, á tres kilómetros de distancia

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN